

Y la gracia de Dios enlazar quiera
Este con el postrero de tu vida ;
Y cuando el santo Viático te anuncie
La luz perpetua, la inefable dicha,
Entrégale a la muerte esa corona,
Sin que una sola flor esté marchita ;
Y que con ella tu cadáver orne,
Y que tus sienes virginales ciña.

Vén a los brazos de tu dulce madre,
Y a mis brazos también, hija querida ;
Vén, y derráma en nuestro amante seno
El puro llanto que en tus ojos brilla.
Vén, como sueles, respetuosa y tierna,
Póstrate a nuestras plantas de rodillas :
Hija del corazón, hija del alma,
Seas mil veces del Señor bendita !

RICARDO CARRASQUILLA

Sobre la Eucaristía

I

La Eucaristía y la Oración

Si Jesús, para instituir este gran sacramento de piedad, consagrándose, elevó los ojos al cielo, dando gracias a su Eterno Padre, acciones todas pertenecientes a la oración, claro está que para dar buen principio a tanta obra, hemos de comenzar por la oración.

Si toda la teología es sermón de Dios, será la teología por excelencia el sermón propio de Dios hombre, consagrado en su misterio de fe, y milagro supremo de su nuevo y eterno testamento. Y si toda teología ha de tener principio en la oración, la suprema de todas en oración suprema ha de tener su origen.

Mas ésta no ha de ser trayendo a parte determinada la virtud divina, que por ser infinita está dondequiera presente y en ninguna parte limitada. Ha de ser entregándonos a nosotros mismos, singularmente habiendo de tratar de aquella carne y sangre que dijo de quien la come y la bebe, que mora en Cristo y Cristo mora en él.

Es Dios el padre de las lumbres, y acercándonos a esas luces inaccesibles, hemos de participarlas, diciendo el Profeta: *Llegaos a El y seréis iluminados*. Y si la oración es con toda propiedad *elevación de la mente a Dios*, como dice Santo Tomás, claro está que le pertenecen las primeras certezas a Dios, y de consiguiente las primeras y supremas comunicaciones de sus luces. Y si es propio de la luz manifestarse, como nos enseñó el Apóstol diciendo: *Todo cuanto se manifiesta es luz*, claro está que recibimos en la oración el primer magisterio divino, sellando sobre nosotros el rostro de su luz el Padre sobrenatural de las lumbres.

Y porque lo eminentísimo de la doctrina de Cristo es el inefable misterio de la Eucaristía, ello se está dicho que, llegándonos a esta carne y esta sangre, seremos enseñados en los supremos bienes que tiene Dios colocados cerca de sí mismo.

II

Elogio del doctor de la Eucaristía, Santo Tomás

El Vicario de Cristo y Sumo Pontífice de la Iglesia comenzó su bula honorificadora de Santo Tomás, diciendo: *Ecce plus quam Salomon hic*. Hé aquí que éste es mayor que Salomón. Como si dijera: Este quinto doctor (1) y quinta esencia de todos los doctores, admiración universal y señalado entre todos ha de ser. Y habiendo penetrado todos los escritos sagrados de Salomón y sobrepuesto a ellos la

(1) En tiempo de Santo Tomás, sólo cuatro de los santos padres tenían título de doctores de la Iglesia: Ambrosio, Agustín, Gregorio y Crisóstomo. Santo Tomás fue el quinto.

penetración de todas las demás escrituras sagradas y de todos los santos de la Iglesia católica, más que Salomón ha de ser.

Propio fue de Salomón hacer parábolas en el viejo y temporal testamento; de Santo Tomás ha de ser hacer parábolas de la sagrada Eucaristía en el nuevo y eterno testamento. Quien leyere sus artículos hallará que todos están llenos de parábolas pertenecientes a Cristo consagrado, en las cuales ahora le vemos como por espejos y enigmas, esperando de su magnificencia que le veremos después rostro a rostro.

Dicese de Salomón en la Escritura santa, que *como fuese sapientísimo, enseñó al pueblo y predicó lo que él mismo había hecho*. Definición ajustada es ésta de Santo Tomás y de sus obras. Predicador divinísimo fue, de quien dice la Iglesia que "no cesó en predicar la divina palabra." Su capacidad era tan grande, que jugando las armas con ambas manos como si cada cual fuese la derecha, siendo tan consumado catedrático, no desistía del púlpito, predicando en él la palabra de Dios para todos, como la enseñaba en la cátedra para los que habían de ser maestros de la Iglesia. También fue Santo Tomás sapientísimo, que a la verdad, sabiduría es lo que predica; y enseñó al pueblo en todos sus estados, de incipientes, proficientes y perfectos. Y como sus palabras andaban acordes con sus obras, y la lengua con las manos, puede añadirse lo del Eclesiástico: que enseñaba lo mismo que hacía: *Enarravit quae fecerat*.

Canta el salmista: *Eruclavit cor meum verbum bonum: dico ego opera mea regi*. Prorrumpió mi corazón en palabra buena: al rey dedico yo mis obras. Para brotar Santo Tomás de su corazón una palabra buena, hizo muchas obras heroicas, tan coronadas de suprema perfección, que sólo se pudieron dedicar al Rey de reyes y Señor de señores, Jesús sacramentado.

III

Del modo en el estudio de la Eucaristía

Es el estudio religioso hermano de la humildad, hijo de la modestia y nieto de la templanza.

Cicerón definió el estudio diciendo que es *una ocupación asidua, vehemente y deleitable que aplica el ánimo al conocimiento de alguna cosa*. Y en esa conformidad dijo Santo Tomás: *El estudio importa aplicación ahincada de la mente*. Es la modestia freno del corazón, que le hace guardar modo en los apetitos fuertes que tiene. Y como el uno es codiciar universal noticia de verdades, diciendo el Filósofo: *Todo hombre naturalmente anhela por saber*; y por otra parte el Apóstol nos enseña que debemos *saber con sobriedad*, viene a ser evidente que son hermanos el estudio y la humildad, y ambos son hijos de la modestia, virtud que es derivación de la templanza.

Por modo excelentísimo se practica esta virtud en la bebida. Y en conformidad con eso, será la vana curiosidad *saber hasta embriagarse: sapere ad ebrietatem*; y beber el vino de las verdades reveladas como Dios quiere, será *saber con sobriedad: sapere ad sobrietatem*. Lo que no es impedimento a que en el estudiar la voluntad goce de gran deleite, pues, como dijo el Filósofo: *el deleite hace perfecta la operación*; y en conformidad dice la erudición sagrada: *El principio de la sabiduría es la verdaderísima concupiscencia que de ella tengamos*. La codicia del bien consigue la esperanza firme, que causa gozo, y se reputa por un género de posesión, y más si la experiencia va consumando la esperanza, que es tanto mayor cuanto más humilde sea (1).

FRAY CRISTÓBAL DE TORRES

Arzobispo de Santafé

(1) Extractado del libro titulado *Lengua eucarística del hombre bueno*, impresa en Madrid por Pablo de Val. 1665. La publicó, después de la muerte del autor, don Cristóbal de Araque Ponce de León, racionero de la catedral de Bogotá y primer rector del Colegio del Rosario. No salió a luz sino el tomo primero.